

Teatro

«Sombra y quimera de Larra»,
de Francisco Nieva

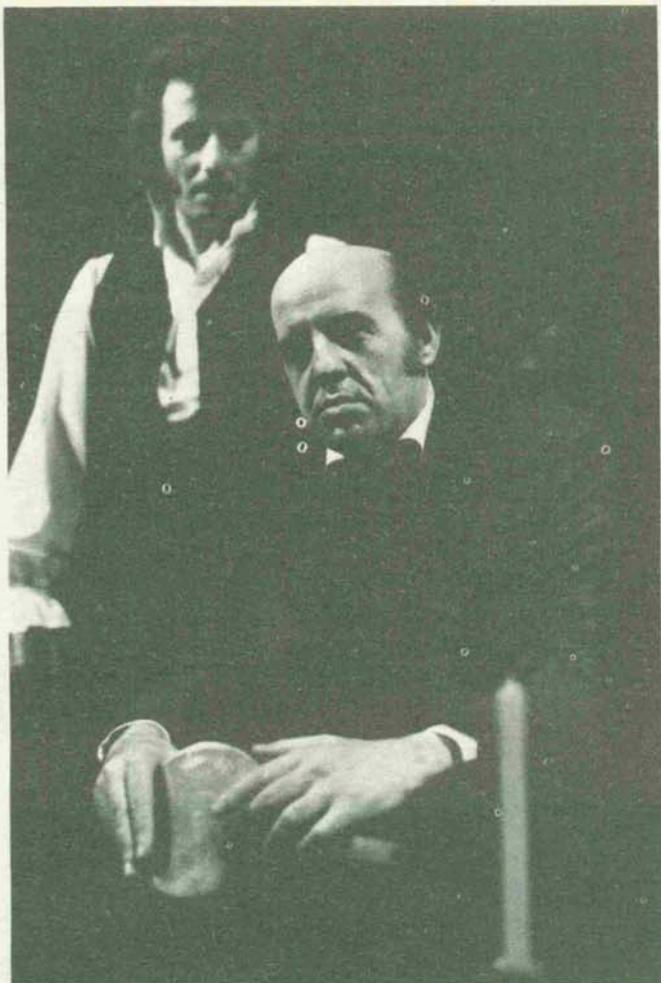
El sentido de una muerte



Es en el fracaso social de Larra —aquí retratado en 1834— donde realmente se asienta su extraordinario trabajo crítico y donde, de forma coherente, nacen las razones de su muerte, de su voluntario exilio definitivo.

Considerada como documento histórico, la obra que acaba de estrenar Francisco Nieva —subtitulada «Representación alucinada de 'No más mostrador'»— plantea un debate siempre vivo e importante. Resulta, en efecto, que Mariano José de Larra se suicidó en su casa, tras un frustrado intento de reconciliación con Dolores Armijo, cuando ésta y su carabina aún no habían llegado a la calle. Mientras que Nieva lo imagina en un palco del teatro, siguiendo el estreno de su «No más

mostrador» —adaptación libérrima de un original francés— y dándose allí mismo un pistoletazo. Decir que Nieva se ha inventado «otra muerte de Larra» para mejor servir los intereses dramáticos de su obra, sería enunciar exactamente lo contrario de lo que ha sucedido: porque todo el drama, todo el sentido de «Sombra y quimera de Larra», parte de aceptar la muerte que se nos cuenta en lugar de la muerte que siempre nos ha sido contada. Lejos de hallarnos ante un anecdótico cambio de



En «Sombra y quimera de Larra», Francisco Nieva nos conduce a una substancial remodelación del personaje y de sus conflictos, haciendo chocar el documento notarial y la reinención poética. (La foto recoge al actor Fernando Delgado, en un momento de la obra.)

circunstancias, la propuesta de Nieva nos conduce a una substancial remodelación del personaje y de sus conflictos, con lo que entramos en un interesante choque entre el documento notarial y la reinención poética.

Bueno, se dirá, ¿pero acaso no se conoce con exactitud cómo murió Larra?, ¿no habría que respetar esos datos, con independencia de cualquier interpretación de su vida?, ¿no estaremos ante una falsificación poética de la historia?

Es aquí, ante este tipo de preguntas, cuando comprendemos hasta qué punto los biógrafos tienden, en apoyo de su propia ideología, a convertir ciertos hechos sucedidos a sus biografiados en categorías definitorias de las obras. El modo de morir parece una de las formas menos sospechosas de definir el modo cómo se ha vivido. Y es muy lógico que, ante la muerte violenta de un hombre como Larra, cuantos se sienten atacados por su pensamiento se esfuercen en interpretar aquella como una muestra de su desbaratada personalidad. La figura de un Larra, poco atento a su mujer y a sus hijos, perdido en el seguimiento —y no se trata de una figura retórica, pues sabido es que Larra anduvo de ciudad en ciudad, tras los pasos de la huida Dolores— de su

amante, y suicida a los 28 años, al negarse ella a restablecer las relaciones, permite, tal vez, tratarlo como a un ser desequilibrado y compulsivo. Ahí piensan gentes como Almagro San Martín, habría que buscar la clave de la eterna intransigencia de Larra, de su malhumor y de su inadaptación. El suicidio, por una mujer que quería simplemente vivir con su marido, sería algo así como la expresión límite de un hombre sentimentalmente desquiciado. Con lo que, de un modo automático, muchos de sus juicios contra la vida social y política española de la época, se transformarían en testimonios de su destemplanza personal.

Ciertamente, Nieva podía haber optado por interpretar los hechos sucedidos desde una perspectiva distinta. Podía habernos recordado que Larra se burló en alguna que otra crítica de los personajes que se suicidaban, o fingían suicidarse, por amor. Y que la ruptura con la Armijo debió de ser el origen inmediato de un impulso cuya verdadera razón estaba en muchas soledades y desengaños. En definitiva, Larra «fracasó» en el papel de hombre español de la época: como escritor, si nos atenemos a ciertas notas necrológicas, que le recordaron, sobre todo, como *gracioso* articulista; como político, si pensamos en el largo período absolutista que hubo de soportar, y aun en el hecho de que, conquistada un acta de diputado al servicio del moderado Isturiz, no llegara a beneficiarse de ella a causa del Motín de La Granja; como liberal, porque tuvo que asistir a los desmanes y errores de los «exaltados», que, con su actitud, no hicieron sino favorecer al absolutismo; como autor y adaptador teatral, si comparamos su lúcido trabajo de crítico con la general mediocridad de unos textos dramáticos forzosamente ajustados al nivel del medio donde quería estrenarlos; como amante, infeliz en su matrimonio, escapando a su soledad en las tertulias literarias, enamorado y peregrino de Dolores Armijo hasta llegar al suicidio...

Es en este fracaso social de Larra donde realmente se asienta su extraordinario trabajo crítico y donde, de forma coherente, nacen las razones de su muerte, de su voluntario exilio definitivo.

Por todo ello, Nieva ha transferido la muerte de Larra —rompiendo la imagen equívoca— de su casa al palco de un teatro. Y no ante la

salida de Dolores Armijo sino ante una representación teatral, rodeada de la maledicencia y la agresividad de los cómicos. Cómicos que, a fin de cuentas, han elegido la profesión de representar a la sociedad española y tienen las virtudes y defectos de sus representados.

Nieva ha imaginado una representación «alucinada» de «No más mostrador», en la que, lo de menos, es el texto de dicha comedia; lo de más, las rupturas del texto por los cómicos, que se salen del papel y arremeten contra Larra, sentado en un palco del teatro. Se produce, pues, una confluencia de realidades. Y aquellos cómicos, enfrentados, en sus conversaciones de camerino, en sus «salidas» del texto, con Larra —cuyo pensamiento asume, en un momento dado, uno de los personajes, para que el conflicto sea más explícito— se convierten en una imagen de la España miserable y orgullosa, mediocre y resentidamente cruel, que carga la pistola del suicida. Por eso Nieva

ha cambiado el lugar y las circunstancias de la muerte de Larra, en una de las obras más ambiciosas del moderno teatro español.

El empeño —que ha dirigido José María Morera, con la inequívoca colaboración del autor, alcanzando un nivel de puesta en escena nunca conseguido en anteriores trabajos— corría el riesgo de incurrir en cierto didactismo, en la historización culturalista. Pero nada de esto ha sucedido. Sin duda, porque Nieva se ha sentido muchas veces en la sociedad española de nuestro tiempo como Larra se sintió en la suya. La pasión y la amargura de la obra son así, a un tiempo, de Nieva y de Larra.

Hay hombres a los que «deberíamos cambiarles el final», para acabar con todas las manipulaciones de su vida y de su obra hechas a costa de las interesadas interpretaciones de su muerte. Nieva, como testimonio decisivo de su pasión intelectual por Larra, se ha atrevido a hacerlo. ■ **JOSE MONLEON.**



Nieva ha imaginado una representación «alucinada» de «No más mostrador», de Larra (a una de cuyas escenas asistimos), donde lo importante son las rupturas del texto por los cómicos, que se salen de su papel y arremeten contra el escritor, sentado en un palco del teatro.